

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 109.

Alicante 21 de Diciembre de 1872.

Año III.

SAN PABLO

Á LOS FIELES DE ROMA.

El ardiente defensor de las tradiciones judaicas; el perseguidor infatigable del nombre cristiano, escuchó en el camino de Damasco la voz de Jesucristo que le decia: *¿por qué me persigues? duro es para tí revolverte contra el aguijon.*

El hijo de la famosa Tharsis se levantó cristiano de aquel golpe que le derribára hasta el polvo en medio del camino, y se convirtió en apóstol infatigable de la verdad cristiana.

Con una lógica inflexible estrechaba con su dialéctica á los hebreos, en términos, que no podian menos de enmudecer á la claridad de sus razonamientos, y al palpitante testimonio de su maravillosa conversion.

De la raza de Abraham, habia heredado de aquel patriarca el tesoro de la fé, y una vez convencido de que realmente Jesus Nazareno, el ajusticiado inocente del Calvario, era el Mesías prometido á sus padres, Saulo se transforma en una de aquellas lenguas de fuego que

bajaron al cenáculo, é inflama con su palabra magnética y poderosa las regiones de Efeso, de Corinto, de Galacia, de Cesarea y de Roma.

Es el mártir del apostolado cristiano que sufre por el nombre de Jesucristo el hambre y la sed, la flagelacion y las persecuciones, el tumultuoso insulto de las turbas escitadas por la sinagoga, el calabozo y la amenaza de muerte.

En medio de tantas y tan repetidas fatigas, aquel hombre eminente entre los judios, edificante hasta el asombro entre los cristianos, no tiene en sus labios mas que esta exclamacion: *deseo ser inmolido en sacrificio por Cristo: deseo sufrir ¡oh! quien me diera que fuese anatema por mis hermanos los judios!* Consumian el corazon de aquel apóstol dos llamas tan poderosas como el soplo que las habia encendido: la fé y el amor.

Roma, aquella Roma de la prostitucion y el deleite, del escepticismo y el orgullo, no pudo resistir el ímpetu de su ardiente celo, y hubo de ofrecerle una porcion de sus hijos bañados en las aguas del bautismo.

Vigoroso con la tenacidad, digno

é inflexible ante el crimen, muestra en las cartas á sus fieles una ternura paternal que afecta con dulzura al que lee meditando.

Mañana al celebrar la Iglesia la cuarta y última dominica del adviento, lee en la misa un trozo del capítulo 13 de la carta á los Romanos, en la que campea ese espíritu de caridad é íntimo cariño que profesaba S. Pablo á sus hermanos en la fé.

Hoy que olvidadas las máximas de esa fé, no es ella la que anima y vivifica las costumbres, nos parece recordar la fabulosa edad de oro al pasar la vista por esos bellos escritos que han sido el cuerpo de la legislacion cristiana, y el punto cardinal de donde partió la civilizacion verdadera.

En medio de sus paternales consejos llenos de uncion, hay mandatos que abundan en profunda filosofía y en alto conocimiento de la mas perfecta organizacion social.

«Toda alma esté sometida á las potestades superiores: Porque no hay potestad, sinó de Dios.»

El principio de autoridad no puede tener mejor garantía que la ley cristiana.

«Los príncipes no son para temor de los que obran lo bueno; sinó lo malo: ¿Quiéres tu no temer á la potestad? haz lo bueno.»

Y en efecto, qué le importa al hombre de sana moral y ajustadas costumbres, que la autoridad redoble su vigilancia, levante un patíbulo para el asesino ó abra una

cárcel para el inquieto perturbador de la paz y sosiego de las gentes? ¿Qué nos importaría que una ley inflexible amenazára con la amputacion de la mano al ladron y monedero falso, sinó hemos de caer en la tentacion de apoderarnos de lo del prógimo ni de falsificar la moneda?

«No debais nada á nadie; sinó que os ameis los unos á los otros; por que el que ama á su prógimo, cumplió la ley.»

Como demostracion práctica del respeto y amor que deben os á nuestros semejantes, recuerda los mandatos del Sinaí que se refieren al mismo objeto:

«No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, etc.»

«El amor del prógimo no obra mal; y así la caridad, es el cumplimiento de la ley.»

La Iglesia elige para esta dominica este capítulo del Apóstol, por ser el mas oportuno y conducente á inspirar al corazon católico aquellos delicados sentimientos con que ha de venir acercándose á la cuna de Belen, á reconocer al Hombre-Dios, salvador de las gentes.

El hecho de la redencion humana, no es un hecho aislado que ha llenado su fin con el mero cumplimiento de la promesa divina.

El cambio radical de las costumbres, la esplendente manifestacion de unas virtudes desconocidas para mundo, era la empresa del Salvador Divino; y esta es la tarea inter-

minable de su esposa la Iglesia, al conmemorar los grandes misterios que acompañaron á la Redención humana.

Fija la consideracion en la miseria y fragilidad del hombre; convencida de la enervacion de nuestras fuerzas, y de la influencia funesta que ejercen sobre nosotros las pasiones y los ejemplos, nos impulsa con aliento maternal á proseguir en la carrera de la virtud, ó nos despierta con celoso acento del sueño en que nos sumieran el abandono y la negligencia.

«Es ya hora de levantarnos del
»sueño. Porque ahora está mas cerca
»nuestra salud, que cuando creímos.
»Pasó la noche y se acercó el día:
»desechemos pues las obras de las
»tinieblas, y vistámonos de las ar-
»mas de luz.»

J. B.

NOCHE-BUENA.

LECTURA EN VERSO PARA LOS NIÑOS.

Este es el título de la última obra que acaba de dar á luz nuestro querido amigo y colaborador D. Juan Vila y Blanco, tan conocido en la república de las letras.

Pequeño en tamaño, pero rico de fé y poesia, el libro de que nos ocupamos es una primorosa coleccion de romances en verso cortó, que relatan el asunto y objeto de la festividad, con gran bellezas de formas y con un caudal de conocimientos, que revelan á cada paso al erudito escritor.

Despues de la dedicatoria y de *algunas palabras en prosa*, muy bien dichas y mejor sentidas, nos hace el autor en siete romances una sencilla paráfrasis de la historia evangélica, ilustrándola con algunas notas breves y eruditas. Sigue un canto de honor, y luego un coro de niños que lleva á los pies del Niño-Dios tiernísimos afectos del corazon al par de sus ofrendas.

Suceden á estos cantares de alegría, algunos de los cuales son verdaderos idilios, donde la fantasía del poeta se levanta lirica é inspirada.

De buén grado los trasladariamos á nuestras columnas, si la índole de este escrito lo consintiese, lo mismo que la original y feliz descripcion de un nacimiento ó belén, con que termina graciosamente el libro.

No somos competentes para analizar literariamente la obra del Sr. Vila; nos complacemos en aprender de sus doctos lábios y en saborear las bellezas que en su última produccion resaltan, admirando la *difícil facilidad* con que ha vencido la natural monotonía que habia de resultar en una composicion tan larga de versos cortos, introduciendo una gran variedad en el metro y la rima.

Lo que sí aconsejamos á todos es su adquisicion; pues ya imaginamos el cuadro tan encantador de familia que ofrecerá ver á esta reunida en torno de una de esas pintorescas representaciones del portal de Belén, y oír recitar á los niños, en muy lindos versos, pensamientos tan delicados y propios de *Noche-Buena*.

Composiciones poéticas, leídas en la sesión sacro-literaria celebrada en esta capital el domingo 8 de los corrientes.

AVE, MARIS STELLA

—
Cuando tu trono circundan
como perfumes de flores
dulces cántigas de amores,
¿yo habia de enmudecer?
Cuando los himnos de gloria
se elevan á tí ¡oh María!
¿tan solo la lira mia
no habia de responder?

—
Yo bien sé, flor de los cielos,
que ella solo te saluda
con pobre trova, desnuda
de gala y de inspiracion;
mas sé que entre los sublimes
acordes que en torno sienta,
no desdeñas el acento
que brota del corazon.

—
Yo quisiera ¡oh madre mia!
al cantarte mis amores,
convertir el alma en flores
para echarlas á tus piés;
quisiera fuese el aroma
del incienso que á tí sube,
dó como el sol en la nube
brilla tu rostro á través.

—
Yo quisiera disolverla
en raudales de armonía,
con que te ensalzan, María,
los ángeles del Señor;
yo quisiera confundirla
con la luz que el sol fulgura,
y envolverte, Virgen pura,
toda en la luz de mi amor.

—
Yo quisiera ¡empeño loco!
lo que aquí en el alma sienta,

con el magnífico acento
del Rey Profeta cantar;
que las cuerdas de mi lira
resonando celestiales,
las esferas eternas
conmovieran al vibrar.

—
Mi trova brota del pecho
cual brota al aire la planta;
canto, como el ave canta,
sin saber quien la enseñó;
y es entre galas tan bellas
canto de pobreavecilla,
flor de los campos sencilla,
la trova que canto yo.

—
Pero en cámbio, el alma entera
irá envuelta en sus acentos;
sus más puros pensamientos
siempre para tí serán;
y al vibrar entre las auras
su inefable melodía,
tu dulce nombre, María,
los ecos repetirán.

—
Salve, estrella de los mares,
cándida paloma hermosa,
luz de amor, mística rosa,
consuelo de la afliccion,
ramo oloroso de flores,
alma estrella matutina,
Reina del cielo divina,
dulce Virgen de Sion.

—
Madre de Jesús bendita,
sí, fijos en tí mis ojos
me ves, postrado de hinojos
de tí una gracia implorar,
haz que al dejar este mundo
piense en tí, Virgen María,
y mis lábios ¡Madre mia!
murmuren al espirar.

Alejandro Harmson.

Diciembre de 1872.

LA CONCEPCION DE MARÍA.

Eran nefandos en la edad remota
Funestos dias de memoria aciaga:
Doquiera sangre y podredumbre brota
Del vasto imperio á quien fortuna halaga

Los que ayer invencibles, por lo bravos,
Eran los pueblos del valor, temidos,
Hoy bajan la cerviz, tristes esclavos
Al carro de los Césares uncidos.

Y Roma ornada con laurel de gloria,
Diosa temida del estenso mundo,
Duerme en lecho de dicha transitoria
Gozando un sueño de placer inmundo.

Y la muelle, sensual y regalada,
Adorando servil á las pasiones,
En impúdicos templos degradada
Sus laureles profana y sus blasones.

Alzan del crimen el pendon enhiesto
Cien y cien de sus *dioses inmortales*,
Y un torrente de crímenes funesto
Nace al pié de sus áureos pedestales.

Ese torrente de furor bravío
Que anega á Roma en avenida inmunda,
Es el que corre desbordado río
Y en olas de maldad la tierra inunda.

Y suben de los montes á la cumbre
Corrompidos revueltos oleages,
En noche horrenda y á la opaca lumbre
De siniestros y tétricos celages.

Triste gemido de dolor inmenso
Hiere el espacio con terror profundo,
Y en ese caos los ecos del *Excelso*
Muerte decretan al protervo mundo.

No hay ya justo en el páramo desierto
Que moviendo la lengua cabellera,

Al cielo envíe murmurando incierto
Ay doliente con arpa lastimera.

Ni las auras del Libano sagradas
Repiten de *Salém* las profecías,
Ni brisas del Jordan embalsamadas
Arrullan al pasar sus melodías.

Nó los nuncios de Dios aparecieron
En la hórrida tormenta despiadada:
Los mismos cielos luto se vistieron
Ante tí, humanidad desamparada.

A tanto duelo, al fin, tanta agonía,
El seno abriendo del amor eterno
Jehováh, su lumbre divinal envía
Sobre el caos aquel, aquel averno.

Rosadas tintas de oro recamadas,
Cual aurora serena del estío,
Luchan y vencen sombras apiñadas
Allá en Oriente con pujante brío.

La cumbre del Carmelo embellecida
Con vivísimo rayo centellea,
Anunciando que el astro de la vida
Vá á alumbrar la region de Galilea.

Rien las fuentes, su raudal de plata
Derramando en comarca venturosa,
Donde el cáliz balsámico desata
Gentil el nardo, y mas gentil la rosa.

Ambientes perfumados enriquecen
De Galaad la bellisima pradera,
Y al blando viento sus ramajes mecen
Fronoso el cinamomo y la palmera.

Al pié de Nazaret blanca azucena
Virginal al ceñirse su corona,
Esparce balanceándose serena
Esencia delicada en ancha zona.

Entre nube de nácar que se estiende
Orillando azulado el horizonte,

Alba paloma los espacios hiende
Y en la cumbre se posa de alto monte.

Es de ramo de olivo portadora,
Mensajera del cielo convenida,
Que marca al mundo la anhelada hora
De amor, de paz, de libertad, de vida.

En nuevo Eden que entre malezas brota
Al soplo creador del *Verbo* eterno,
El hombre mira ante sus plantas rota
La vil cadena que le ató el infierno.

Todo Oriente en idioma peregrino
Festivo augura al abismado mundo,
El tierno lazo del amor divino
Que descende de lo alto á lo profundo.

El inmenso esplendor de lo creado
Doquiera anuncia sin rival un día:
Es el día en que *fué* la sin pecado,
LA ESPOSA DE JHEHOVÁH, CASTA MARÍA.

José Baeza.

DISCURSO DE SU SANTIDAD.

El día 10, despues de haber recibido en audiencia privada á varias personas, Su Santidad se presentó en la sala de la condesa Matilde, donde le esperaba una numerosa comision de señoras, pertenecientes á la congregacion de San Luis Gonzaga.

La señora Meghelli, presidenta de la congregacion, leyó un mensaje, al que Pio IX, contestó con el siguiente discurso:

«Acojo con toda mi alma la espresion de vuestro amor por el Vicario de Jesucristo, y me felicito de vuestra devocion por San Luis Gonzaga, bajo cuya pro-

teccion especial os habeis colocado. Apruebo tanto más esta devocion, cuanto que yo mismo tuve gran devocion á este Santo en mi juventud. Ahora soy viejo, pero en mi ancianidad, no olvido el culto de ese gran Santo, y hago lo que puedo en su honor.

Esperemos que San Luis haga el milagro de que me hablais y que le pedís, es decir, que obtenga de Dios la paz de la Iglesia y la libre de la presente persecucion. Esperemos que haga ahora lo que ya hizo en su vida.

San Luis estaba en el cláustro, y amando mucho esta soledad, ponía grandes dificultades para dejarla; pero la caridad le hizo dejarle por algun tiempo. Era santo; y sin embargo, habia en su casa un hermano poco digno de él y surgieron en la familia disturbios que fué preciso arreglar. Fué llamado á su casa, y sus superiores le mandaron que fuese durante algunos días á fin de poner paz.

San Luis fué, y despues de haber hecho lo que se deseaba de él, volvió á su monasterio, y al poco murió como verdadero santo que era.

Ahora, dijo, si San Luis triunfó entonces de las dificultades que se presentaban á su espíritu por la idea de dejar su soledad, podria muy bien dejar ahora por un momento el cielo y venir á socorrernos puesto que no tendria el temor de perder nada. La gloria le acompañaria y no tendria peligro; que le atormentaba entonces de quedar espuesto á las seducciones del mundo. Podria ahora bajar del cielo y venir en socorro de la Iglesia trayéndonos la paz que pedimos.

Esperemos que lo haga, pero al esperar no dejemos nunca de rogarle que nos obtenga la gracia de poder terminar nuestra vida como terminó la suya, y de poder repetir las palabras que respondió á las personas que le interrogaban en su lecho de muerte *Lætantes imus*; vamos alegres. Gran frase y digna de Luis. Sabia que iba en seguida á dejar la tierra, (este mundo ingrato que todos hemos de dejar algun dia), y que los ángeles iban á trasportarle al cielo donde gozara de la dicha suprema de la vision de Dios.

Mis queridas hijas: esto es lo que debemos pedir ante todo, la gracia de poder decir tambien en los últimos momentos de nuestra vida y con plena confianza en la misericordia de Dios: vamos al Paraiso.

Escuchadme, hijas mias: si en algun tiempo debemos poner toda nuestra esperanza en el Paraiso, es en el tiempo actual, en que nada puede ligarnos á la tierra, convertida en teatro de horrores, de sacrilegios, de robos, de asesinatos y de escándalos de todas clases. Sin embargo, es necesario que estemos en esta tierra mientras plazca á Dios que estemos; pero es necesario combatir los vicios y sostener la virtud siempre y en todas partes, sin tregua ni reposo. Encargo especialmente á las jóvenes que no olviden esta recomendacion.

Con frecuencia una palabra sencilla dicha por una joven dulce y buena, puede hacer mas bien que el sermón de un célebre orador sagrado.

Procurad tambien, mis queridas hijas, esparcir á vuestro alrededor el buen ejemplo, y para esto no olvideis nunca que Dios está presente en todas partes donde

estais. Santa Teresa decia que era necesario andar siempre con los ojos fijos en Dios.

Ahora os doy mi bendicion á fin de que obtengais de Dios una vida edificante y una muerte como la de san Luis. Bendigo á las personas, á las familias, á vuestros directores y á todos los objetos que fuesen con vosotras.

Benedictio Dei, etc.

Despues de esto, las señoras presentaron á Su Santidad el proyecto de un magnifico monumento que ha de erigirse en el Janículo en honor del Santo.

El Papa le aprobó, y las animó para que lo hiciesen.

Pastoral de Monseñor Dupanloup con motivo de las rogativas públicas prescritas por la asamblea de Francia.

Mis queridos hermanos: La asamblea nacional en su última sesion pidió que se hicieran rogativas en las iglesias de Francia, para obtener el auxilio de Dios en los trabajos de su próxima legislatura.

Para responder á este deseo, el domingo 10 de noviembre, vispera del dia fijado para la reunion de la asamblea, á la misa mayor seguirá el canto de *Veni Creator* y de la *Salve Regina* en nuestra catedral y en todas las iglesias parroquiales y capillas públicas de la diócesis de Orleans.

¿Y quién no se asociaria con religiosa solicitud á los deseos de la asamblea nacional, á este grande y solemne testimonio de su fé y de su confianza en Dios?

¿Cuándo fué mas necesario invocar para nuestra pátria la proteccion de aquel que tiene en sus manos poderosas los corazones de los pueblos y de los príncipes, y puede solo darles la luz y la fuerza, de que tanto han menester en los grandes peligros?

Ante las desgracias de lo pasado y los temores del porvenir, ¿quién no ha sentido que ha llegado el momento de elevar á Dios con mas insistencia que nunca el grito de nuestras oraciones? Pero cualesquiera que sean nuestras inquietudes y nuestras amarguras, es preciso hacer un acto de fé, hermanos míos, con la confianza cristiana que le merece ser acogido. No olvidemos jamás que Dios, tan terrible algunas veces en su justicia, es mas admirable todavia en su misericordia, *super exaltat misericordia iudicium: hiere pero sana, percutit et manus ejus sanabunt*: sepulta en los abismos, pero tambien saca de ellos cuando ha llegado su hora; *deducit ad inferos et reducit*: ha hecho las naciones curables, *sanabiles fecit nationes orbis terrarum*, y sobre todo á Francia, donde aún suscita tantas nobles virtudes, tantas fuerzas generosas para vencer el mal por el bien, *vinci in bono malum*.

Lo que puede hacer desesperar de un pueblo no son las desgracias que experimenta. No, una gran nacion se temple en las grandes pruebas, y por grandes que sean nuestras pérdidas, por asombrosas que hayan sido las exigencias del vencedor, si no hay otra cosa que deplorar, Francia, rica y fecunda, todo lo habrá reparado pronto. Mas si Dios nos probase en vano, si fuésemos sordos á los golpes de su justicia, si tantas y tan duras

lecciones se perdieran, esto seria verdaderamente irreparable.

¡Ah! es menester confesarlo con confusión y dolor: ¡habiamos olvidado demasiado á Dios! Como dice un profeta, todos habiamos pecado mucho: *profunde peccaverunt*. Y Dios se ha recordado á nosotros por medio de señales manifiestas y advertencias terribles.

Pero, por poderoso y terrible que sea, y precisamente porque es el Señor soberano, es tambien el Padre de los hombres, conoce la tierra de que hemos sido formados y se compadece de nosotros: *cognovit figmentum nostrum*; y en uno de los mas notables misterios de su providencia ha querido que hubiera algo en nosotros que pusiera en las manos de nuestra humildad y nuestra flaqueza todo su poder. Si, como no me cansaré de repetirlo, cualquiera que sea la debilidad del hombre, hay aquí abajo en su corazon frágil un poder oculto, respetable hasta en el cielo mismo, porque es suplicante, *omnipotentia supplex*: la oracion. Y hé ahí por qué la oracion ha sido siempre una necesidad profunda, un tan invencible instinto de la conciencia humana.

Y la asamblea nacional, acordándose de Dios en las desgracias de Francia y pidiendo que rogativas públicas suban al cielo desde todos los altares de la pátria, está á la vez en la tradicion de la Francia católica y en la grande tradicion de la humanidad. Pero si tuviéramos siempre ojos para no ver y oídos para no oír, si tampoco tuviéramos corazon para orar, si persistiésemos en esta infatuacion funesta que apartaba de Dios nuestros sentimientos y nuestros pensamientos y que nos ha embriagado á todos mise-

rablemente, estaríamos perdidos, nuestro país no tendría esperanza, y no habría para Francia salvación.

Ya os lo he dicho y os lo repito: de dos años á esta parte la impiedad ha tomado entre nosotros un carácter asombroso, el que San Pablo ha precisado y enérgicamente definido con estas palabras: *Extollitur super omne quod dicitur Deus aut quod colitur*. Dios, todo lo que es del servicio de Dios, la religion, la abnegación de las almas, esto es lo que hoy persigue la impiedad con una audacia y un concierto que no se ha visto jamás. No puedo explicar por qué se siente tan á su gusto, pero sus doctrinas mas abyectas y mas revolucionarias no marchan ya por caminos subterráneos; como nuestros rios desbordados, han roto sus diques y amenazan inundarlo todo; ignoro qué poder misterioso las enardece y las desencadena.

De estos tristes tiempos decia en verdad San Pablo: *Instabunt tempora periculosa*. Si, tiempos llenos de dolores y de alarmas para la sociedad temporal, como para la espiritual! Los mas fuertes convienen en que se padece de una manera extraña; pero, segun la enérgica y penetrante espresion de Bossuet, *lo que se teme es mas temible que lo que se sufre*. ¡Cosa singular! No hay espíritu tan débil que no prevea hoy y no denuncie á la sociedad próximas calamidades, y no hay espíritu tan fuerte que pueda ofrecer y conseguir que se acepte el remedio! ¡Oh Dios! ¿Saldreis pronto de esta noche impenetrable? ¿Qué término dareis á tantas agitaciones y á tantos tormentos?

Sin embargo, en medio de este inmenso desorden de los espíritus y de las costum-

bres públicas, las mas elevadas, las mas terribles controversias sociales y religiosas se agitan con violencia. Las inteligencias perturbadas, la razon pública debilitada, no bastan: es la confusion de las lenguas. Como en otro tiempo en Babel, los hombres no se entienden; los unos llaman al bien mal, y los otros al mal bien.

Como se vé, despues de las grandes tempestades que conmueven el mundo, aparecer en la superficie de la tierra reptiles desconocidos, animales dañinos hasta entonces ocultos en las entrañas del globo, vemos periódicamente, despues de una tempestad social, surgir entre nosotros una generacion singular de hombres nuevos que de repente lo llena todo. Nada hay para ellos sagrado. Todo cuanto es recuerdo, grandeza pasada, monumentos, leyes, costumbres de nuestros padres, historia, noble antigüedad, hasta la filosofía y las letras, todo les es odioso. Hombres del momento, pigmeos extraños y violentos, nacidos de una tempestad, todo cuanto es de la vispera, todo lo que se eleva y dura, todo lo que promete serenidad y grandeza, todo, todo les disgusta.

Dios, la religion, la familia, los derechos paternos, la propiedad, el hogar doméstico, la santidad de los lazos conyugales, la dignidad materna misma y la inocencia de los primeros años, cuanto hubo siempre mas puro, mas venerable y mas santo en el corazón del hombre, es audazmente atacado por esa raza nueva débilmente defendido por otra parte ó cobardemente abandonado. El príncipe de los apóstoles nos ha dicho de esos hombres una palabra de una verdad no-

table: *La libertad no es para ellos sino el velo de su malicia*; y no se sirven de este gran nombre sino para oprimir y romper.

Pero lo que hay mas deplorable, lo repito, es que se les resiste mal. Contra ellos las gentes honradas son débiles; se las ve indecisas, vacilantes, tristemente divididas y como paralizadas, todos los esfuerzos son aislados, interrumpidos, impotentes. En vano los prudentes elevan su voz, esta se pierde como un vano rumor en el aire; todo hombre y toda cosa, toda institucion y toda fuerza, cae sucesivamente y es causa de desengaño.

Búscanse algunas grandes almas, no se las encuentra! Se las llama y no responden. El olvido de sí mismas, la abnegacion les falta á las mejores; la adhesion formal ha cesado de iluminar, de ennoblecere, de animar y de unir á los corazones; el egoismo, el individualismo constituye el fondo de la triste sociedad á la cual está encadenada nuestra vida. Así, siempre que el viento de las revoluciones se levanta, sucede como en el desierto: no encuentra resistencia. Todo es débil, todo es arena, todo es polvo, todo desaparece á la ventura; y en un dia, en una hora, los valles están en el lugar de las montañas y las montañas donde estaban los valles.

De aquí ¿quién no lo vé? ningun fundamento, ninguna fijeza, ninguna sólida esperanza. Todo está agitado, intranquilo, conmovido, todo gime, todo llora, todo inspira lástima; no se encuentra nada que aguante, nada que baste. Como dice un profeta, no solamente todos los corazones están enfermos, *omne cor mærens*, sino que los mas fuertes se abaten y lan-

guidecen, *omne caput languidum*. La prudencia humana está cansada; la habilidad mas grande pierde el tino; los sábios de la tierra están evidentemente en apuro.

Y apesar de tan justas alarmas y tan tristes previsiones, queridos hermanos míos, no obstante tantos males, esperamos todavia y esperamos siempre, porque esperamos en el Señor, y os convidamos á compartir nuestras esperanzas.

Sí, esperamos en el Señor, á quien pertenece la bondad, y la omnipotencia y que solo sabe sacar el bien del mal.

¡Ah! sin duda ha encontrado en sus profundos consejos que vale mas permitir los males que suceden, para cambiarlos en bienes, que no haberlos permitido! No hace el mal, pero permitiéndolo lo domina, lo enfrena y lo gobierna, y lo hace entrar como una fuerza superior en el orden de su Providencia.

Esperemos pues en el Señor! Si ha encontrado que no habia nada tan divino ni mas glorioso para él que mandar al mal y cambiarlo en bien, tambien ha entrado en sus designios que no habia nada tan noble para nosotros como luchar contra el mal y triunfar por el bien, nada tan glorioso en su criatura, como combatir contra el mal por la verdad y la justicia!

Sepamos combatir y esperar en el Señor, que da á Francia tan terribles y amargas lecciones, porque sin duda quiere concederle tambien la sabiduria y el acierto, para hacerla marchar, como hija predilecta de la Iglesia, á la cabeza del mundo civilizado, y tener el honor de reparar ella misma gloriosamente los grandes males que ha hecho y está sufriendo.

Esperemos en el Señor, que es el padre de la humana sociedad, Dios del orden, protector de la paz, y que sobre todo ha hecho curables á las naciones cristianas.

Es verdad que hace tiempo se halla esta nacion profundamente enferma y conturbadas todas sus gentes, *conturbatae sunt gentes*, y que los imperios del mundo aparecen inclinados hácia su ruina, y que despues de haber abandonado á Dios muchos pueblos, viven ellos abandonados á sí mismo, olvidándose de las eternas leyes del orden divino y atentando á las condiciones de su propia vida.

Pero aun existe un Dios eterno é infinitamente sabio, que al establecer la sociedad de los hombres la ha fundado sobre las grandes leyes del orden público, y de la prosperidad social, subsistiendo como esplendor emanado de la providencia divina estas leyes constitutivas de la humana sociedad, protectoras de la autoridad, de la libertad, del mútuo respeto entre los hombres; de tal manera que no hay mas que levantar los ojos al cielo para vislumbrar en su horizonte luminoso la luz de nuestra seguridad.

Dios, á quien únicamente pertenecen la verdadera sabiduría y la fuerza invencible, hace cambiar cuando es necesario los tiempos y las edades. Hace renacer los siglos que pasaron y rejuvenecer las viejas naciones; inspira las grandes épocas y forma las almas verdaderamente grandes, siendo uno de los mas hermosos espectáculos que puede presenciar la tierra cuando, moviendo su poderosa diestra, hace surgir del mundo á los gefes de los estados ó á los principes de la

inteligencia, y fecundiza por medio de ellos una nueva creacion operando en el mundo inauditas trasformaciones, y los lanza en un momento dado por las sendas de la luz cristiana para que salven á los pueblos.

Pues bien, yo me deleito en pensar que Dios habrá consentido que hayamos estado al borde del abismo para salvarnos milagrosamente. No ha permitido que se estiendan tan erróneas y espantosas doctrinas, sino para hacer conocer á todos que fuera de la verdad, de la razon cristiana y del evangelio todo es ruina y miseria, y que segun la palabra del profeta solo la justicia eleva las naciones, mientras que el pecado las hace desgraciadas.

No ha consentido las amenazas de una demagogia atea y desenfrenada sino para decirnos á que nos acerquemos los unos á los otros bajo la inspiracion de un nuevo espíritu; para obligarnos, á la sombra de la caridad evangélica, á que nos estrechemos cada vez mas con la iglesia católica alrededor del eterno decálogo, sin el cual no se concibe la autoridad, ni el respeto, ni la ley, ni la familia, ni la propiedad, ni la razon, ni el derecho, ni el deber, ni por lo tanto la sociedad humana en la tierra.

Para librarnos de tamaños peligros, para rehacernos de tan profundos desastres, no bastan todos nuestros esfuerzos, ó mejor dicho, nuestras propias flaquezas. Necesitamos de aquel que es la suprema bondad como es el supremo poder, rey del mundo y padre de todos los hombres; necesitamos de Dios.

Por eso tenemos que orar.

Oremos pues, hermanos míos. Postrémonos ante los santos altares; deponga-

mos todas nuestras querellas y divisiones para unirnos estrechamente en la concordia y en la justicia; instemos, conjuremos, obliguemos á Dios á que nos salve. Pero al mismo tiempo no perdamos de vista que Dios no nos salvará, si no comenzamos en nosotros mismos la obra de salvacion por medio del espíritu del sacrificio, por la renuncia de nuestros resentimientos, de nuestras envidias y de nuestro amor propio, que tan triste papel hace en nuestras humanas contiendas para satisfacer locamente á nuestro orgullo—y esto que digo á los demás me lo digo tambien á mí mismo, porque nadie debe considerarse de mejor condicion que sus hermanos;—y pensemos todos con espanto, lo mismo los grandes que los pequeños, cuánta será nuestra responsabilidad y cual la maldicion que nos seguirá; siempre ante Dios y ante los hombres, si por nuestra presuncion, si por nuestras obstinaciones personales nos apartamos de la paz y de la tregua de Dios si, pudiendo ser el instrumento de salvacion, ocaso elegido como tal por la Providencia, fuéramos mas bien un obstáculo, si no hacemos, en una palabra todo, hasta lo imposible, para arrancar de los abismos á Francia, á la sociedad y á la Iglesia.

Oremos tambien y oremos de todo nuestro corazon para que Dios se digne inspirar y dirigir el espíritu de todos aquellos á quienes en estos tiempos de confusion ha dado ó impuesto la pesada carga de los poderes públicos. ¡Que Dios los illustre! ¡Que un rayo de su luminoso espíritu les haga ver con claridad dentro de su propio espíritu! que Dios los illumine acerca de sus deberes, de sus propios intereses y de su verdadera gloria!

¡Oh! gefes de estado, conductores de pueblos que se os han confiado noblemente, cuán hermosa es vuestra mision, pero tambien qué terrible! ¡Orad con nosotros, y aun quizás mas que nosotros! ¡Orad con espíritu de humildad para que Dios os atienda, á fin de que vuestra mision sea, no un efimero resplandor, sino el ministerio verdadero de providenciales designios; para que en la hora en que vuestro poder concluya y concluya tambien vuestra vida, podais entrar en una pátria mejor, con el consuelo supremo de haber levantado, mejorado, asegurado por largos años y de haber libertado del enemigo y del mal á esta vuestra pátria de aquí abajo!

¡Ah! hace ochenta años ya que Francia está esperando una grande alma que pueda salvarla. Alguna vez ha creído verla brillar en el horizonte de su porvenir y de sus destinos. Lo creyó así y se entregó toda entera, porque es confiante y generosa. Pero mas tarde notó que habia sido engañada, que no habia salutado sino á una engañosa lumbrera, en la cual no encontraba ningun recurso positivo, ninguna grandeza, porque carecía de abnegacion; y entonces volvió á caer sobre si misma para desfallecer cada vez mas; entre sus angustias, y al sentirse desfallecer de nuevo ha repetido con indelible dolor aquella sentencia de la Escritura: *¡Ah, no era él ciertamente de la raza de los que salvan las naciones!*

¡Dios mio! libradnos esta vez de semejante desgracia!

Felix, obispo de Orleans. — Orleans
27 de octubre de 1872.